

*MASTER
NEGATIVE
NO. 93-81658-11*

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

PEREZ, DANIEL B.

TITLE:

CERVANTES Y SUS
OBRAS; CONFERENCIA...

PLACE:

[ROSARIO]

DATE:

[1916?]

Master Negative #

93-81658-11

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86C33
DP

Pérez, Daniel B.

Cervantes y sus obras; conferencia dada el 19 de abril de 1916 en la Biblioteca Argentina por el profesor de la Escuela industrial de la nación de Rosario, señor Daniel B. Pérez, en homenaje al tercer centenario de la muerte de Cervantes. Rosario, 1916?,

33 p.

1. Cervantes Saavedra, Miguel de, 1547-1616.

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm

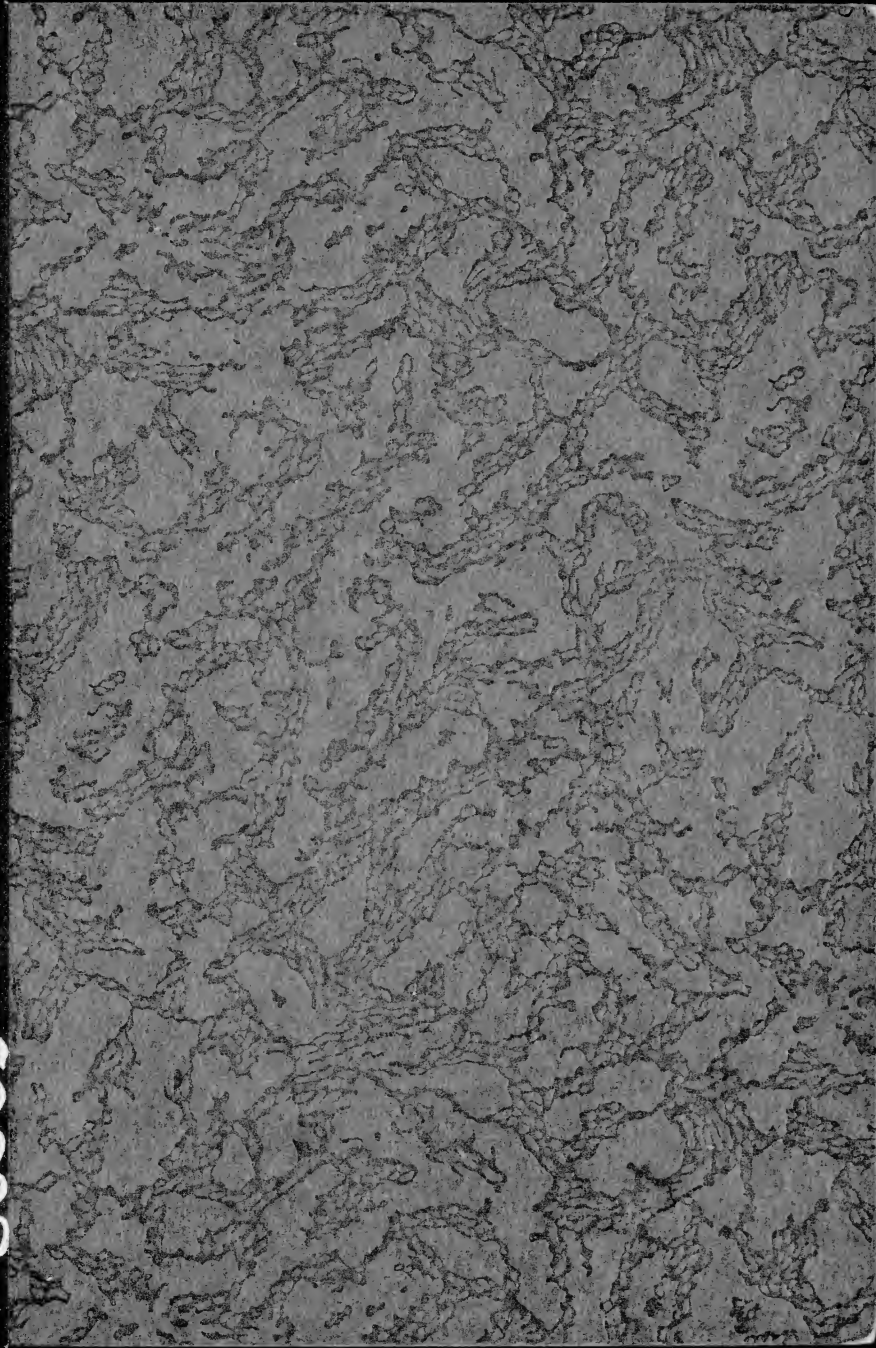
REDUCTION RATIO: 11x

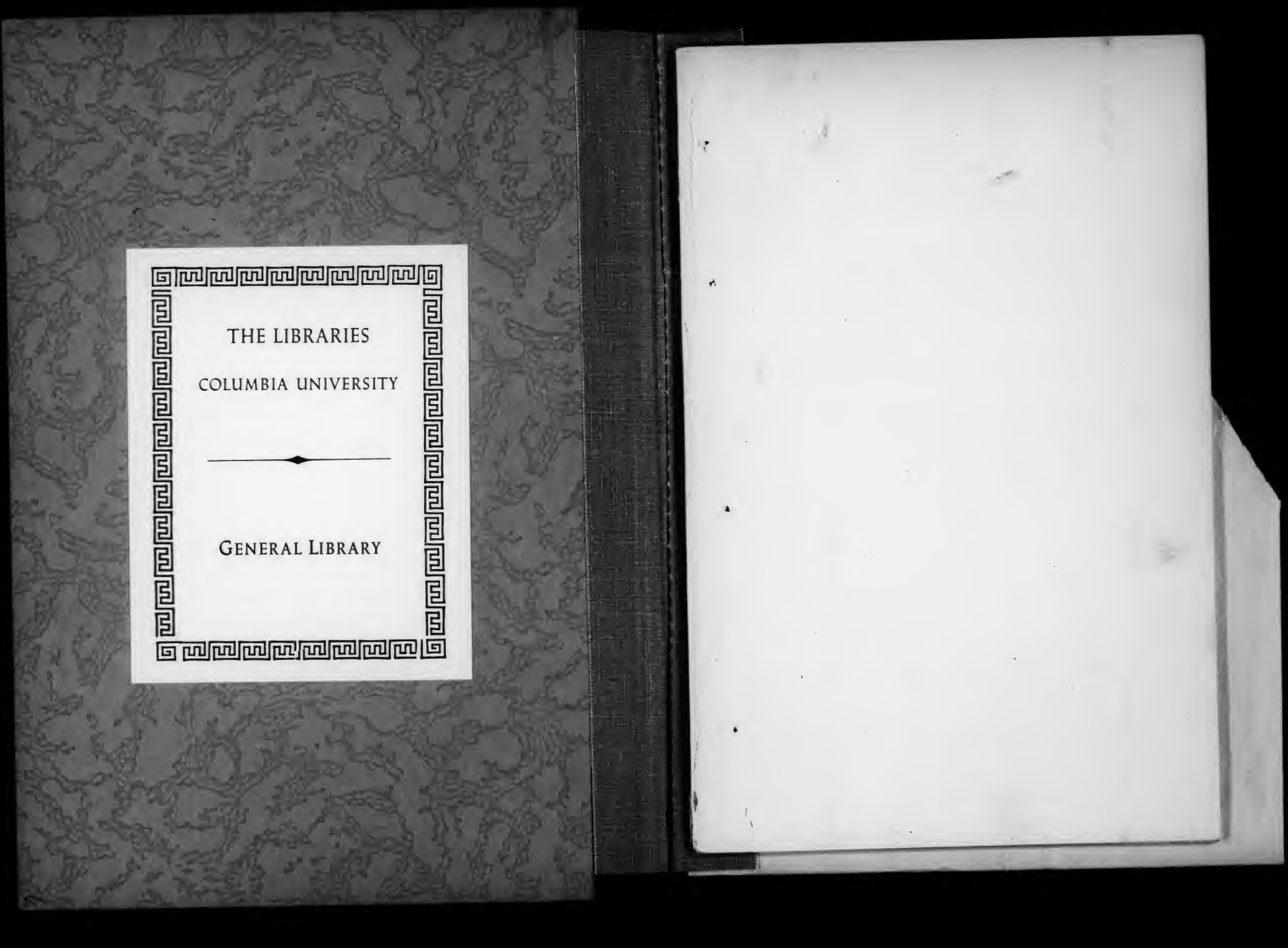
IMAGE PLACEMENT: IA (IA) IB IIB

DATE FILMED: 8-16-93 INITIALS BE

FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

86C33- DP





THE LIBRARIES
COLUMBIA UNIVERSITY

—◆—
GENERAL LIBRARY

Escuela Industrial de la Nación

ROSARIO

CERVANTES Y SUS OBRAS



Conferencia dada el 19 de Abril de
1916 en la Biblioteca Argentina por el
profesor de la Escuela Industrial de
la Nación de Rosario, Señor Daniel B.
Pérez, en homenaje al tercer cente-
nario de la muerte de Cervantes. - -

Escuela Industrial de la Nación

ROSARIO

CERVANTES Y SUS OBRAS

Honrado por la Dirección de la Escuela Industrial para hablaros de Cervantes y sus obras, no he debido medir la magnitud de la tarea con el deber á cumplirse, ya que todo trabajo en la vida no es más que una relación directa con el esfuerzo personal á desarrollarse.

Los griegos atribuían á sus dioses un supremo dote intelectual cuando en la calma de las horas podían recrear su espíritu en la lectura de las más excelsas producciones humanas. Con ser dioses, el ingenio de los hombres producíales hondo placer, intenso sentimiento y un orgullo natural por ser los dioses de hombres tan dignos de reemplazarlos. Homero y Píndaro han de haberse encontrado á la diestra de esos seres superiores, que creó la leyenda más lógica y más hermosa de los siglos; porque su producción intelectual, su concepción de la vida y de las cosas, no tuvo más límite que el cielo, con lo que puede sig-

76C.33

D P

nificarse que su dominio en la tierra fué completo. No de otra manera Homero habría podido pedir que la Diosa iniciase el supremo canto invocador de La Iliada:

“De Aquiles de Peleo canta, Diosa,
La venganza fatal que á los Aquivos
Orígen fué de numerosos duelos,
Y á la oseura región las fuertes almas
Lanzó de muchos héroes, y la presa
Sus cadáveres hizo de los perros
Y de todas las aves de rapiña,
Y se cumplió la voluntad de Jove,
Desde que, habiendo en voces iracundas
Altercado los dos, se desunieron
El Atrida, adalid de las escuadras
Todas de Grecia, y el valiente Aquiles.....

Y es que, señores, nada hay que pueda compararse al placer del espíritu, cuando este está dispuesto á recibir las sensaciones del arte. Por esto los que amamos el estudio, los que estamos convencidos de que los mejores amigos son los libros, es decir, los buenos libros, no creemos que fuera de ellos haya algo capaz de superarles y de distraernos.

Y por esto también, cuando se me encomendó hablaros de Cervantes y sus obras, consideré que no podía distinguirse mejor mi inclinación y mis gustos, pesé á lo difícil de la tarea.

Porque, indudablemente, Cervantes no solo llenó su siglo con la fama de su ingenio, sino que á través

del tiempo llena todavía el nuestro, apesar de haberse modificado casi fundamentalmente los usos, el ambiente y las costumbres de aquella época con respecto á la nuestra.

¿Qué magnífico poder tiene ese ingenio, que así vence el implacable peso de los siglos? Es lo que vamos á intentar decir en una síntesis sin pretensiones; síntesis que con serlo, os permita á vosotros, jóvenes estudiantes de la Escuela Industrial, formaros una idea exacta de quien fué y que hizo este hombre singular cuya memoria se honra en estos momentos en todas las escuelas nacionales de la República, como homenaje á las letras y para sellar con un nuevo vínculo, el más simpático de todos, nuestro amor por la madre patria. Innumerables han sido los escritores, filólogos y pensadores que han analizado la obra fundamental de Cervantes y todos han coincidido en que el cautivo de Argel y guerrero de Lepanto, estaba fuera de discusión y se colocaba por derecho propio á la cabeza de los más grandes novelistas y humanistas de todos los tiempos. Un juicio tan unánime no ha podido formarse más que sobre la obra misma analizada y puede inferirse de ello cuan sincero y verdadero sea. El tiempo, que modifica tantas cosas y tantos olvidos cubre, parece haber detenido su carrera frente á este portento de la humana inteligencia, asombrado también de que escapase á su dominio quien en la época en que le tocó vivir, desarrolló su existencia en medio de tribulaciones y pesares, de angustias y escaseces infinitas, en lucha constante contra múltiples factores adversos, vencedor unas veces, otras vencido, pero sin nunca salir de la

pobreza, él, que tan magníficamente debía enriquecer la literatura universal.

Don Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares en día ignorado de 1547, siendo bautizado en 9 de Octubre del mismo año; y murió el 23 de Abril de 1616, á los 69 años de edad.

Incansables investigadores de fama, reunieron en el siglo XVIII documentos bastantes para poder fijar con exactitud cual fué la vida de este escritor consagrado como el primero del mundo.

Ya de niño Cervantes revelaba su inclinación poderosa al estudio, al que consagró sus más floridos años y hasta su casi ancianidad. Como él lo dice, ni siquiera los papeles de la calle escapaban á su afán de conocerlo todo; afán mayormente revelado en la juventud, cuando su presencia era permanente en los corrales para ver representar las comedias que en su época escribían Lope de Rueda, considerado como el fundador del teatro español y acerca del cual Navarro y Ledesma, dice: "Creador del diálogo teatral en cuanto á la técnica, fué el Bautista del humorismo español, del cual Cervantes había de ser el Mesías. El claro, risueño y generoso concepto de la vida que el afortunado batidor de oro poseyó y espuso en los "Pasos" era el positivo, el verdadero, el sano; era el concepto copiado por Miguel en los entremeses, afinado en las "Novelas ejemplares", magnificado y sublimado en el "Quijote". Lope de Rueda fué el aguijón de Miguel y de todos los grandes conocedores de la realidad baja y de la alta realidad. Pero no penséis que hubiera sido in-

diferente el que Miguel escuchase y viese representar á Lope de Rueda, como se ha dicho, en Segovia, en Córdoba ó en Madrid. Nó; donde hubo de oírle y de admirarle y prendarse de su talento y de la especial manera de su genio, fué en Sevilla, donde Lope, ya viejo, sacaría sus más variados y hondos recursos para sorprender y agradar á sus paisanos, á los que le habían conocido simple oficial, laminando panes de oro".

Después de esto, Cervantes aprendió á conocer al portentoso Lope de Vega, que llamó "monstruo de naturaleza", elogiándolo por encima de los demás escritores destacados, entre los que figuraban Rodrigo de Cota, Anónimo, Lope de Torres Naharro y otros. Sus gustos teatrales fueron formándose así y ya á los 22 años ensaya con vigor su pluma. Comenzó por mostrarse poeta lírico elegíaco y aprovecha la muerte de la reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II, para escribir un soneto, cuatro redondillas y una elegía. Al pie del soneto, el preceptor de Cervantes, Lopez de Hoyos, puso esta inscripcíon: "**Primer epitafio en soneto con una copia castellana que hizo mi amado discípulo**"

Aquí, el valor de la española tierra,
Aquí, la flor de la francesa gente;
Aquí, quien emendó lo diferente
De oliva coronando aquella guerra.
Aquí, en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de Occidente;
Aquí yace enterrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quien es el mundo y su pujanza,

Y cómo es la más alegre vida
La muerte lleva siempre la victoria.
Tambien mirad la bien aventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

Un ilustre personaje, de pronunciadas aficiones literarias, aparece por entonces en España: Mosneñor Julio Acquaviva, legado del Papa ante Felipe II para darle el pésame por la muerte de Isabel de Valois. Al volverse á Roma, Acquaviva, prendado de las cualidades de Cervantes se lo lleva como paje, y en su compañía permaneció un año, al cabo del cual, sentó plaza de soldado, según unos á las órdenes del general pontificio Marco Antonio Colonna; según otros, en los famosos tercios españoles, en la compañía de Diego de Urbina. Es en este nuevo empleo que el 15 de Setiembre de 1571, se embarca en el puerto de Messina con la escuadra formada por la Liga Pontificia española, veneciana y genovesa, y á las órdenes de Don Juan de Austria, ese terrible "rayo de la guerra", al que había de hacérsela la envidia de su hermano Felipe II, se bate contra el turco en Lepanto.

Va á empeñarse la grandiosa batalla naval y Cervantes, enfermo y lleno de fiebre, pide á todo trance el sitio de más peligro, pues "más quería morir peleando por Dios y por su rey, que su salud". Junto al esquife de la galera "Marquesa", al mando de doce hombres, Cervantes pelea valerosamente, perdiendo en la acción su mano izquierda, herida que tuvo siempre por "muy gloriosa".

Trasladado al hospital de Messina, allí permanece por largo tiempo, abandonando el lugar para tomar parte en las empresas guerreras de Levante y Navarino, donde se distinguió singularmente.

Con todo, la gloria no le sonreía; era nada más que un simple soldado, él, que tenía alientos para escalar las cumbres. Le animaba, empero, el espíritu de la guerra; la aventura iba consigo; constituía la trama de su alma generosa; era el motor de su vida, y siempre necesitado, siempre enfermo y valeroso, apenas sentía el paso de los años en la infecunda lucha para la prosperidad de su porvenir. Quijote de sí mismo, no reparaba en el esfuerzo dado y en el heroísmo rendido: que valió más para su satisfacción la obra altruista y sin compensaciones de su brazo, que la quietud estéril en medio de la vorágine que agitaba el vivir de las naciones.

Al fin, deseoso de volver á España, embarca lleno de ilusiones y esperanzas, pero su desdicha quiere que caiga entre piratas y sea llevado en cautiverio á Argel, donde por espacio de cinco años y medio aprendió, como él lo dice, "á tener paciencia de las adversidades".

Rescatado por los sacrificios de su familia, la cooperación de algunos amigos y de la cofradía religiosa de los Padres Trinitarios, llega de nuevo á su patria. La inquietud de su genio no le permite permanecer en la inacción; y he aquí que vuelve á participar de los afanes de la milicia, yendo en la expedición á las Islas Terceras, asistiendo á las campañas de 1581 á 1583.

A este punto de su vida, Cervantes se desengaña de las armas y quiere tentar otra vez la lucha de las

letras, esa otra milicia en que á cada instante hay que librar rudos y penosos combates.

Fruto de este cambio de orientación y de vida, es la aparición, en 1584, de "La Galatea", novela que clasifica "de buena invención, que propone algo y no concluye nada". Según algunos críticos, "La Galatea" representa la propia historia de Cervantes, siendo la heroína Doña Catalina de Palacios, que el mismo año de la publicación fué su esposa.

Estimulado por las ganancias apreciables que veía obtener á otros autores menos ingeniosos que él, dedicó su inteligencia al teatro, escribiendo alrededor de treinta obras dramáticas, de las que se señalan por su valor superior "Los tratos de Argel" y "Numancia", que el autor de "El sí de las niñas" calificó duramente, pero que gustaron al público de los corrales y le proporcionaron bastantes maravedises.

Pero ni estas obras, ni "La Galatea", ni "Novelas Ejemplares", ni "La batalla naval", ni "El Viaje al Parnaso", ni "La Gitanilla", considerada como una de las mejores producciones de entonces, fueron las que debían fundar la gloria de Cervantes. Latía ya el "Quijote" y aún antes de aparecer, ya el autor de "La pícara Justina", Perez de Ubeda, menciona al Ingenioso Hidalgo, como un acontecimiento "que asombraría á las gentes de su tiempo y á las por venir".

Estaba á punto de aparecer "Don Quijote de la Mancha"; faltaban solo prisiones y nuevos pesares de Cervantes, para que viese la luz el más rico testimonio de la humana inteligencia, la más invicta creación satírica, que provocó en todo el mundo innumerables

ediciones y el aplauso entusiasta de las almas que conservan una aspiración ó un ideal.

No está bien determinado donde se escribió el "Quijote", aún cuando los más afirman que los primeros capítulos fueron iniciados en la cárcel, á raíz de desempeñar Cervantes el cargo de alcaballero real y ser acusado de una falta más supuesta que verdadera.

Lo cierto es que debe haber nacido á raíz de graves pesares: que nada estimula tanto la inventiva, como la adversidad, en la que, usando un término bien conocido, sácanse fuerzas de flaquezas.

La gloria de Cervantes, se ha asentado sobre ingratitudes, de las que hace una excepción del Conde de Lemos, al que dedicara la segunda parte del "Quijote". Sin embargo, jamás, ni en la plenitud de la vida, ni el postrer aliento, Cervantes apostrofó á nadie, ni siquiera cuando, en medio del olvido en que yacía, abrigaba el convencimiento de que dejaba á su patria un monumento inmortal....

No fué otra la suerte de Colón, encarcelado después de descubrir un nuevo mundo; de Quevedo, preso en la Torre de Juan Abad por su amistad con el duque de Osuna y que entre las rejas escribe su "Política de Dios"; de Camoens, pobre, perseguido y desterrado y que no obstante lega á la humanidad su grandilocuente poema épico "Los Lusíadas".

Con la inmortal compañía de estos recuerdos, Cervantes se nos aparece como un genio que para vivir debe alimentarse con el dolor. No cabe duda que examinar su vida, importa tanto como examinar su obra: porque es evidente que la una se refleja agitadamente

en la otra. ¿Por qué no creer que Quijote sea Cervantes, con todo su idealismo caballeresco, en el fondo del cual ambos encuentran siempre la quimera hecha ritmo y la filosofía hecha carne? Sueñan los dos, en un perenne acceso de fiebre, y ambos traen de la aventura y del dolor, una enseñanza, que es un estandarte de legiones.

Cervantes, como Shakespeare, perfilan cada uno por su lado, pero contemporaneamente, en Quijote y Sancho, en Ariel y Caliban, los tipos clásicos del idealismo y el materialismo, reflejo fiel de costumbres de pueblos y naciones; de la humanidad, en suma, que se reeusta constantemente en sí misma para todos los perjurios, con la misma espontaneidad que para todas las grandezas.

Como bien se ha dicho por escritores notables, el "Quijote" da al mundo algo de que carecía: el corazón humano hecho en la realidad atributo de la risa; el hombre reconociéndose á sí mismo y de sí mismo burlándose en las postrimerías del escarmiento; la noción de la desgracia hecha ídolo de su vida, que marcha ignorante entre tinieblas. Se ha proclamado, y á mi ver sin exageración, que la burla épica raya en lo sublime en esta obra grandiosa, en que á cada paso aparecemos con el bagaje de nuestros errores, de nuestros afectos; en que, con la risa en los labios y en el alma, aprendemos á descubrir dentro de esa risa, las penas de la existencia.

Cervantes, bien amargado en sus ilusiones y en sus años, tuvo la enorme valentía de romper con la tradición y de volcar sobre la generación en que vivía to-

das las verdades que debían derrumbar con estrépito las supercherías ambientes, profundamente malsanas. Asiste así, él mismo, al desdoblamiento de su Quijote de la Mancha en Alonso Quijano; como si digéramos, "el hombre loco en el ideal, hecho cuerdo en la realidad del desengaño".

Y para conseguirlo, ved como Cervantes provoca un maravilloso concierto de luces y de ritmos, de alegrías y dolores en un soberbio panorama en el que, orientando á la humanidad hacia nuevos rumbos, se nos muestra pensador eximio, poeta, filósofo y artista, y hasta guerrero en medio al estrépito de las armas destructoras que ensayan á cada paso levantar un prestigio ó un trono sobre los cráneos pavorosos de Tamerlan.

Predicamos la luz contra las sombras de la noche. De las altas cumbres del pensamiento nace siempre el anhelo de competir con las águilas, en un substratum armonioso de ideas elevadas y de aspiraciones ennoblecidas. Luchar contra la ignorancia; corregir con la idea, con el libro ó con el rezo, en un bregar incesante por levantar el hombre sobre todas las alturas; iluminar el sendero de la vida para conocer mejor el posible porvenir de cada uno y ponernos al abrigo del temporal que con frecuencia nos abate; hacer fuertes á los seres en el combate de las pasiones y abrir sus almas á las impresiones del arte, de las letras, de la música, de la estatuaría de Pericles, que transformaba el duro bloque en dulcísimo poema; todo ello puede convertirnos en más que amigos, en redentores de la humanidad. No importa que frente á un Cristo

del Calvario, se levante un Apolo del Olimpo, ni que el misterioso Zeus oblique la aspereza de Jehová, si de uno y otro foco luminoso ha de emerger la savia tonificante de los jornaleros de la existencia, en el bregar continuo y sin término por hacernos más dignos de nosotros mismos.

No vacila nuestro propósito de entregar á la consideración de las gentes la personalidad de Cervantes, como el astro de primera magnitud en ese cielo de los apóstoles y padres del pensamiento; y es porque pensamos con la más sentida de las sinceridades, que penetrar en el fondo de la vida para extraer de ella el consuelo de las almas atribuladas, es obra del genio que no se apoya en la moral personalista y restringida de sabios como Epicuro, Voltaire y Büchner, sinó en la más altruista y generosa de los autores de "La vida es sueño", "El paraíso perdido", "El mercader de Venecia", "Los Miserables" y "Los trabajadores del mar".

Por sobre todos estuvo Cervantes; ese Cervantes que, guerrero, arremete en vano contra los molinos de viento y se retrata en Quijote; escritor, reposa sus achaques contemplando excépticamente al mundo y se refleja en el que "murió cuerdo y vivió loco", Alonso Quijano, el Bueno.

Es constante la propensión de los grandes genios á reflejarse en sus obras; y ello se explica porque, teniendo el convencimiento de su propia valía, anhelan perpetuarla en los frutos de su inteligencia, que entregan á la contemplación del mundo.

De Cervantes podemos decir que se ha retratado en más de uno de sus libros. Tenemos á mano los "Tratos de Argel" y leemos en sus páginas las desventuras de Saavedra, que no es otro que Cervantes, en su larga cautividad penosa. Es claro que resulta pueril reflejarse sin talento; pero Cervantes lo ha hecho tan á maravilla, tan sutil y delicadamente en el panorama entero de Don Quijote de la Mancha, que pudo refundir sin esfuerzo de su mente prodigiosa, ternezas y dolores, alegrías y pesares, confianza y desaliento, fé y decepción en un cuadro épico que tenía la virtud de apoyarse en el pasado, cuando al mismo tiempo hacía suya la aspiración del porvenir. En el contraste, ponía la virtud del paralelismo y la uniformidad, como si una sanción de lo alto debiera sellar la conjunción definitiva de lo extravagante con lo verosímil.

El teologismo de Santo Tomás y el sensualismo de Helvecio, ambos igualmente atrayentes en la formación de la cultura pública, no impiden á los que amamos por sobre todo el espíritu de las cosas, que nos sintamos subyugados por quien, como Cervantes, supo mostrarnos unidos la virtud y el vicio, empero sin confundirlos en la línea divisoria é imperceptible que un gran poeta español contemporánea llamó la clara luz con la nocturna sombra.

La vida dolorosa de Cervantes derramóse sin medida por las páginas del "Quijote"; era su propia savia, sin disimulo y sin aumento; á la inversa de Shakespeare, que viendo deslizarse plácida su existencia, pudo no obstante escribir "Hamlet", "El Rey Lear",

“Cimbelina”, Macbeth” y “Las alegres comadres de Windsor”, en donde diluye los tesoros de la más alta inteligencia y de la más fina y profunda psicología.

Hombres de una misma edad, Cervantes y Shakespeare, geniales los dos, contribuyeron cada uno por su modo y por su estilo á levantar el nivel de su respectivo idioma, purificándolo y haciéndolo más digno de ser hablado.

Si bien analizamos el periodo histórico en que le tocó nacer al “Quijote”, nos encontramos con que es doblemente extraordinario su triunfo, puesto que tenía que surgir y destacarse de entre la riqueza literaria que aportaban en ese entonces la facundia admirable del sentimental Lupercio de Argensola y del veraz y avizor Lope de Vega, en los dominios escabrosos de Talía y al admirable y armonioso Góngora en el reino de Apolo; y doblemente extraordinario resulta también considerando que en el orden de las ideas teológicas, Loyola perfilaba ya el cielo del hermetismo dogmático, que tal revolución había de provocar en el espíritu de su siglo, que perpetuase su imperio silencioso en los tiempos á venir.

Si “Don Quijote” representa una doctrina disolvente en orden á los hábitos de su tiempo, como indudablemente es así, mucho poder de catequización debemos suponerle para comprender la facilidad con que hacen viable su difusión las opiniones oficiales de Valdivieso y Cetina, cuando informan que la obra “está en condiciones de ser vista y leída, porque en ello no se sentirá vulnerada la santa fé de Dios”.

Son estas, vindicaciones precisas y categóricas de

la cerrada y absolutista tendencia predominante, tan dañosa en otros aspectos para la vida común de los pueblos españoles, como el decreto absurdo de los frailes Vitrice y Lancio frente al apotegma inmortal de Galileo.

Llorar como Jeremías, ó reír como Rabelais, ante las páginas luminosas del “Quijote”, importa llevar á lo épico el poema de la incomparable prosa de Cervantes, que para hacerla, no ha de haber tenido otro propósito que retratar á la humanidad en un concierto de alegría y de dolor, que fuese una medicina algo más verdadera que el bálsamo de Fierabras.

Y es por esto que, grande entre los grandes, lleva nuestro pensamiento hácia la antigüedad, hasta los más brillantes tiempos de las artes y las letras, cuando Terencio Africano escribía “La Andriana”, Lucano “La Farsalia”, Eschilo sus tragedias, Estacio “La Tebaida”, Aulo Gelio “Noches áticas” ó Apuleyo “El asno de oro”, para en un turbión de ideas maestras y de conceptos fecundos, saturar la mente de sensaciones inmensas como las penetraciones de Juvenal. En el fondo, en la entraña misma de esta literatura exclusivamente cervantesca, quien leyere con entusiasmo de conocer encuentra perenne la definición de sus secretos más recónditos ó la expresión asombrosa de sus propios sentimientos. Y es haciendo estas comprobaciones personales, que se llega á saber como Cervantes ha podido ser el más notable de los humanistas y el mejor conocedor del corazón humano; ese misterioso corazón que asume la representación de las acciones más fundamentales de la vida.

Como todos los pueblos, España vió florecer sus períodos literarios y renovarse luego en la no interrumpida evolución de los organismos colectivos. Precisamente cuando surgía Cervantes, caducaba en la madre patria una vieja literatura que encendió en vibrante romanticismo caballeresco á los españoles. La nueva orientación literaria, aparejaba también una aspiración superior hácia la libertad de conciencia; la Inquisición, los autos de fé, las múltiples supercherías, encontraban ya un principio de resistencia, que es el síntoma más positivo de los progresos que realizan las filosofías revolucionarias.....

A Cervantes le cupo acelerar la transición que se operaba en la España literaria y filosófica; y por cierto que resulta muy raro que en la segunda parte del "Quijote", Valdivieso fijase este juicio crítico tan terminante: "Es una obra muy digna del gran genio de Cervantes, honra y lustre de la nación española, admiración y envidia de las extrañas". Develada así por un alto exponente de la intelectualidad de entonces, la personalidad enaltecida, pareció cernirse sobre Cervantes un nuevo prestigio, desgraciadamente cuando tocaba ya las fronteras de la muerte y no debía aprovechar largamente su espíritu las dulcísimas impresiones de la gloria, tras el prolongado batallar con la miseria, los olvidos, menoscabos y encarcelamientos, que habíanse completado, por así decirlo, con la publicación del Quijote de Avellaneda, calificado de "plagiario infame" por Pompeyo Gener.

Pese á la semejanza de dos épocas, Homero y

Cervantes han hecho una trayectoria que tiene muchos puntos de contacto y que, en "La Iliada" el uno y en "Don Quijote" el otro, les permitió vestir personajes con caracteres inconfundibles, pero aproximados. Hay, sin embargo, una notable diferencia, aparte de la diversidad intrínseca de esos dos monumentos, y ella consiste en que, mientras Homero diluía sus esplendentes manifestaciones del genio en un núcleo de personajes fabulosos, Aquiles, Ayax, Ulises, Agamenon, etc., Cervantes los concentraba en su Don Quijote, cuyos rasgos esenciales participan de los que presenta el sublime cantor de Smirna. Y mientras con el uno nos remontamos á lo más excelso de la fantasía, en alas de la epopeya, para platicar con los dioses, vamos con el otro en pos de otra epopeya, eso sí, pero humana, real, sentida y profundamente experimentada por las flaquezas de la carne y las angustias de la mente.

Partiendo del siglo XVI y llegando á nuestros días, no encontraremos, por otra parte y en el vasto campo de la novela, quien como Cervantes haya podido llegar á tanta altura; porque si bien se examinan las producciones privilegiadas de Hurtado de Mendoza, Quevedo, Trueba, y el contemporáneo autor de "Peñas arriba", no representan sino las características de una muy limitada órbita de acción, fuera de la cual no comportan la subsistencia de ideales comunes. Ni ellos, ni el eximio autor de "Gil Blás de Santillana", ni el delicado artífice de "Madame Bovary", ni el formidable trabajador de "Los Miserables", ni el autor de "La Tierra", ni el cantor de las estepas de Rusia, con ser grandes y geniales cada uno en su género, han

podido darnos el verdadero tipo que Cervantes ha conseguido perpetuar á través de los años, en un sucederse colosal de progenies imaginativas. Conocer el dolor, cantarlo, sublimarlo y, á un mismo tiempo, convertirlo en algo palpitante que nos toca de cerca y nos acongoja y levanta, eso, lo hizo Víctor Hugo; pero tomar á ese mismo dolor, hacerlo amable, dibujar la sonrisa en los labios, mostrar el corazón y el alma entera en un resplandecer de sátiras, de verdad y poesía, para tornar los hombres más sanos, más en armonía con su medio y con su vida, y hundir á la vez en el pasado definitivo la tontería y el vicio, el estrago moral y la decadencia física, eso, solo Cervantes lo hizo en su ilustre "Don Quijote de la Mancha".

¡Don Quijote de la Mancha! Yo recuerdo una evocación exacta de un célebre escritor. Quijote y Sancho, decía, serán la eterna encarnación del idealismo ignorante y del utilitarismo limitado y egoísta. Como obra de arte, no hay que analizarla. Bibliotecas enteras se han escrito sobre ella. Sus tipos son, no tan solo españoles, sinó humanos. Estudiados del natural, viven con la fuerza de los seres reales. Todo en esta novela es á la vez muy extraordinario y muy natural. Nada hay en ella que sea mediocre ni falso. Hasta los caracteres vulgares toman relieve en su propia vulgaridad. Los paisajes y sus pobladores resultan tan verdaderos, que aún hoy día viajando por España, los vemos iguales. Aquella aridez de la Mancha, aquellos molinos y ventas, aquellos bosques de las Guillerías, los arrieros, los bandidos, el cura, el bachiller, los nobles,

todo, todo es más real que la propia realidad. Jamás la imaginación y la observación se pusieron tan de acuerdo para producir obra alguna. Cervantes tiene los tres grandes dones de los genios: la creación, que encarna las ideas, transformándolas en seres vivientes; la observación, que le dá los elementos reales tomados en la vida misma; y la razón bajo sus formas de buen sentido y de clarovidencia, es decir, la facultad de sentir, de ponderar exactamente las cosas, y de apreciar en ellas lo que los demás no aprecian. El entusiasmo vacío entra en campaña. La ironía egoísta le sigue y juzga. Ambos tipos llevan la montura que les corresponde. Un caballo quimérico cual desmedrado hipógrifo, ó cual corcel del Apocalipsis, el héroe Manchego; un sufrido asno que mira siempre al suelo, su escudero. Y en el fondo, una gran filosofía. ¡El sentido práctico, sirviendo al idealismo loco! Hay quien ha dicho que Cervantes se burlaba del ideal; nada más falso. Se burla del ideal que mira hácia atrás, del ideal ignorante, del ideal que se pasea por el desierto. Pero véase en la segunda parte, cual se enternece por su héroe y cómo en medio de su risa salta una lágrima. Un elemento entra en la literatura con Cervantes: el buen sentido. Y entra, cuando entrar debía; cuando España se obstinaba en sostener ideales muertos, cuando su fúnebre monarquía, su feroz gobierno empieza á llevar á los españoles á guerras improductivas, estériles para la humanidad y para la nación, diezmado las familias, desolando las madres, llevando la flor de la nación á matar ó morir bajo pomposas banderas.....

En la evocación del Quijote, ha ido eternamente la evocación de Cervantes. No es solo por tratarse de su obra más famosa y digna de recordarse, sinó porque en cada página de este libro inmortal parécenos ver destacarse la escueta figura del glorioso manco, figura que él mismo perfila al frente de sus "Novelas Ejemplares", diciendo: "Este que véis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y embarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada, y las barbas de plata, que no ha veinte años que fueran de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sinó seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy lijero de piés, este digo que es el rostro del autor de La Galatea y de Don Quijote de la Mancha, del que hizo el viaje al Parnaso, á imitación del de César Caporal Perusino y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra".

Quien conozca siquiera ligeramente la vida agitada de Cervantes, ha de quedarse suspenso cuando, abriendo el Quijote, comienza: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme..... ¿Por qué Cervantes no quería acordarse de ese lugar de la Mancha? Recuérdese que Cervantes había sido alcahalero real en la Mancha y que en un lugar de ella fué preso y tenido en prisión.⁽¹⁾ Por ello con un dejo de amargura, al emprender la tarea insuperable del Qui-

Argamasilla de Alba.

jote, quiere apartar de su memoria la visión melancólica de sus desgracias. Ya más adelante la imaginación domina los recuerdos personales y la creación del personaje famoso termina por borrarlos. El crítico mordaz, el novelista y el poeta, aparecen de consuno y en la primera aventura ponen en labios de su héroe el fondo exacto de la locura que ha de conservar hasta el fin:

"Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino.....

Bien se sabe, y ya lo hemos dicho, que el Quijote es una terrible sátira contra la caballería andante de su época; sátira que eleva á su expresión máxima en el capítulo tercero, al armarlo caballero. La parodia cobra vivos colores cuando se piensa que entonces reinaba la costumbre de armar los verdaderos caballeros en medio de un ritual imponente y asombroso. Don Quijote ridiculiza la ceremonia hincado de rodillas ante el mísero ventero, que él cree un gallardo castellano:

"No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pró del género humano". Y al obtenerlo del cazarro ventero, añadía sentido y romántico:

“Os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.”

¡Sublime ridículo de tan grande caballero! que culmina cuando al pobre arriero se le ocurre apartar las armas de Don Quijote para dar agua á su recua y escucha asombrado esta imprecación terrible:

“Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento”.

Ridiculizar sin caer en la grosería, es arte difícil, que Cervantes esgrimió con maestría incomparable, así en la descripción de las aventuras de su personaje, como en otros acápites de su libro, tal, por ejemplo, en el escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería del ingenioso hidalgo. La crítica fina y penetrante de los libros más en boga de su tiempo, es de aquellas que hieren sin sangrar ó que punzan sin herir.

Y como Cervantes quiere siempre poner al lado de su crítica, los hechos en que la funda, héte aquí que seguidamente del exámen de los libros que desviaron

el entendimiento de su época, apareja la “espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento”, en que la locura de Don Quijote cobra definitivamente las formas de la acometividad, ya armado caballero.....

Sancho, que es el sentido común ó el buen sentido, se revela entonces:

“¡Válame Dios! ¿No le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sinó molinos de viento, y que no lo podía ignorar sinó quien llevase otros tales en la cabeza?”

Mas adelante, en la tremenda batalla con el vizcaíno, Cervantes avanza una profunda filosofía práctica, de la que mucho sabían sus años, por boca de Don Quijote:

“Advertid, hermano Sancho, le dice aún maltrecho, que esta aventura y las á esta semejantes, no son aventuras de ínsulas, sinó de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos.”

¿No os parece estar oyendo al soldado de los tercios españoles ó al guerrero de Lepanto?

La aventura de los cabreros, de los yangüeses, de los pellejos de vino, del yelmo de Mambrino, de la penitencia de Beltenebros, constituyen otros tantos capítulos de sana y jocunda filosofía, no á la manera escolástica, que se aparta de la realidad y va en alas del empirismo, sinó humana, sencilla, verdaderamente vida.

Siempre he pensado que Don Quijote es una

estupenda medicina para las almas acongojadas, para los espíritus enfermos ó apocados, para todos los que tienen algo que repechar en la vida. Y es porque en sus páginas hay un aliento infatigable, una ilusión y un consejo, que surgen precisamente al choque con las duras realidades, cuando el dolor vibra y se hace más sonora la caída.

Por que, sin duda, no es todo locura en Don Quijote. Leed, para convenceros, el admirable capítulo en que Don Quijote diserta, docto y elevado, sobre las armas y las letras, tratando de que aquellas y estas aparezcan necesitándose. Oídle un instante:

“Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta á ellas y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios; y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliás, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; más llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor

grado, que no tienen comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida”.

Y siguiendo en estos términos, Don Quijote hace una muy meritísima exposición moral y enérgica, que levanta el concepto de la propia personalidad humana á un plano tan ponderable, como estimulador y positivo.

Pero lo admirable en estas que llamaremos interrupciones de la andante caballería, es que se producen con naturalidad, nunca forzadas ó violentas, de tal suerte que parecen suavemente complementarias del discurso que antecede y preliminares lógicas del que va á seguir. Este es, sin duda, el arte de la novela, la obra más ardua del humano entendimiento, no obstante que al lector se le semeja fácil y hacedera. Cervantes descuella en proporciones tales en la novela, que ni antes ni después de él fué alcanzado, no ya superado, por escritor alguno.

Bastáranos para formar un juicio de esta índole cualquiera de los capítulos del Quijote, tanto se envidian unos á los otros por la gracia y el donaire que en todos ellos campea.

¿Qué decir, por ejemplo, de esa incomparable escena de Don Quijote y el cabrero, donde éste y aquél muelen y son molinos, por recíproco acometimiento, en razón de tener uno de ellos “vacíos los aposentos de la cabeza”? ¿Y cómo no cabe alabar esa magnífica escena de los disciplinantes y procesionistas, que á Don Quijote se le figuran follones y malandrines robadores una princesa, que va envuelta en la procesión y que no era otra cosa que la Virgen? ¿Hay algo más

sentido y al propio tiempo más ridículo que esta elegía de Sancho sobre el cuerpo desmayado de su señor: “¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! Oh, honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aún de todo el mundo, el cual, faltando tu en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh, liberal sobre todos los Alejandros, pues por solo ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh, humilde con los soberbios, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!”

Nunca el sarcasmo adquirió en boca de un simple, tonos tan subidos y soberbios. Acaso en simpleza y materialismo le gane á Sancho su mujer, que habiéndole perdido de vista largo tiempo, cuando volvió á encontrarse frente de él, lo primero que le preguntó fué si venía bueno el asno....

Un axioma vulgarizado en fuerza de ser repetido es que, mientras los hombres perecen, las ideas les sobreviven. Ciertamente, las ideas son inmortales. Pero ¿cuál es la condición esencial para conseguirlo? Primera y fundamental, que interesen á la humanidad. ¿Y cómo se provoca ese interés? Por el egoísmo. Señores, no es vano mi afirmación. La tendencia humana va recta al bienestar y es evidente que este no solo se constituye con ventajas materiales inmediatas, sino

también de órden intelectual y moral, presentes ó remotas, acaso menos remotas que presentes. Si un libro sobrevive á los tiempos, aseguremos que ello se debe á que contiene bienes innegables para la especie; si nó, habría ido por donde han marchado hacia el olvido tantas y tan inmensas producciones.

Ya vemos, nuestra propia conmemoración lo dice, que el Quijote resiste á los siglos. Y es que sus enseñanzas son tan dilatadas y profundas, que se han incorporado de lleno á nuestro evolucionismo intelectual. ¿Por qué? Porque son útiles; porque parecen guiar nuestros pensamientos y nuestras acciones en el convivir social, en el desenvolvimiento preciso y concreto de la voluntad frente al ideal.

Quien no tuviese noticias del Quijote, quien no supiese cuando había sido escrito, diría que pertenece á nuestros tiempos, por lo menos en gran parte, tan representativo es de los mortales de todas las latitudes. ¿Es, acaso, antiguo este notable pensamiento de Sancho á su mujer Teresa Panza: “De aquí á pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo”? Lejos de mi el propósito de aplicar la moraleja, que harto buscará ella su acomodo.

¿Cómo podría negarse también la contemporaneidad de los consejos de Don Quijote á su escudero en el momento de partir para el gobierno de su ínsula Barataria?

“Primeramente, oh hijo, le dice, has de temer á Dios: porque en el temerle está la sabiduría, y siendo

sabio, no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien éres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte, saldrá el no hincharte como la rana, que quiso ser buey. Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage y no te desprecies de decir que vienes de labradores, y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico. Procura descubrir la verdad, por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos ó inoportunidades del pobre”.

Y así, con esta sabiduría práctica, el loco manchego aconsejaba al cuerdo escudero y le fijaba los preceptos de una moral indestructible y eterna.

Se perfila ya en este capítulo, la pugna de la razón que quiere abrirse paso á través de las espesas nubes de un pesado desvarío caballeresco. Aún encuentra Cervantes que debe correr nuevas aventuras su extraño personaje, curiosas, raras y apologéticas, hasta que por una ruta concorde con la inicial, llévalo apesadumbrado y maltrecho al postrer momento. La perspectiva del más allá, las angustias de la muerte, la visión clara y nítida de un pasado estupendo, iluminan de pronto el cerebro trastornado del gran caballero, que reclama hacer sus testamento, en paz y gracia de Dios. “Ya en los nidos de antaño, dice, no hay pájaros ogaño; yo fuí loco y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha y soy ahora Alonso Quijano el Bueno”.

El Sol, penetrando en el aposento de la muerte, daba la razón á la vida!

Pero observo que es ya tiempo de poner fin á esta disertación superficial sobre Cervantes y sus obras. En verdad, no bastaran todas las horas de que disponemos para un exámen atento aunque mediano, de la obra sustantiva del altísimo concepto de Cervantes, tan inmensa, que van hechas librerías enteras en su honor y comentario.

Y nada más digno para terminar, que recordar estas nobles é inspiradas palabras del gran comentarista Cortejon:

Regalo de mi alma, entretenimiento de mi vida, rico joyel del habla castellana; hermosa y gentil producción de lo más florido del ingenio del hombre, escrita durante largos años, cuando la fortuna maltrataba á su autor, y sin que por eso le abandonase ni un punto el arrobo mental que guiaba su pluma; el Quijote, la novela por excelencia, ocupa lugar tan preeminente en los cielos de la gloria literaria, que si no existiese la Biblia, en la que se narran con pluma de oro la brillante historia de la Divinidad y las tremendas catástrofes de las naciones, solo se verían junto á él, allá en lo más alto, rodeadas de esplendente luz y en competencia de honor, la Iliada, la gran Iliada de Homero, y la Divina Comedia, del Dante.

Porque, ello es cierto, no suben á tan alta cumbre, ni son agasajados por la fama universal, sino esos heroes de la literatura, esos libros en cuyas sublimes páginas corre á borbotones, si vale decirlo así, la san-

gre, no ya de este ó aquel pueblo, sino sangre de la humanidad entera.

No por otra razón, lo que enamora, lo que pone en gran predicamento á la primera entre las obras de imaginación, es que en ella luce, perfumándola y llevándola de magnificencia, una significación altamente humana, pues que su autor, conteniéndose y cerrándose, al parecer, en los estrechos límites que le ofrecía la historia de Don Quijote, que para otros fuera seca y descolorida, trató con habilidad, suficiencia y entendimiento, de todo el Universo, y llevó, al compás que la voz de su siglo, la de los venideros, con la cual industria, le fué dado alcanzar la dicha, á muy pocos concedida, de hacer sentir y pensar al través del tiempo y la distancia, lo que el pensaba y sentía; de arrancar lágrimas y aplausos en todas las edades, obligándonos á vivir la vida de su espíritu, y forzándonos á decir á cada nueva lectura de su prodigioso libro: “En verdad, los sucesos que aquí se narran me tocan de cerca; y siendo cierto, como lo es, que todos los hombres nacemos hermanos, debo, de hoy en más, tener á Don Quijote como objeto de amor y respetuosa compasión, no que de burla y escarnio, como torpemente presume la gente de condición apicarada y maleante.

Colocado entre una literatura que muere y otra que nace, clásico, romántico y naturalista, en el sentido más noble de las dos últimas palabras, comenzó siendo un libro de circunstancias, un libro para los españoles; y ahora, cuando han pasado tres siglos, que en su prodigiosa vida son tres momentos, se ha convertido, (hasta sus mismos censores lo reconocen) en

un libro cosmopolita, en un libro para los hombres de todos los tiempos y países; libro

De juventud tan fresca y tan lozana,
Que vivirá cuanto en la edad futura
Viva la hermosa lengua castellana.

Gaylord
GAYLAMOUNT®
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N.Y.
Stockton, Calif.

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES



0022735500

86C33
DP

04165926

86C.33
DP

